I

D'Annunzio. — Mantegazza. — Verga. — Rapisardi. — Capuana. — Farina. — Barili. — Bersezio. — Pietracqua. — Leoni. — Carrera. — De Gubernatis. — Graf. — Giacosa. — Un recuerdo de Lucio López (*).

(TURÍN, 1895.)

TIEMPO hace que deseo presentar á mis lectores lejanos los retratos de los escritores vivos más conocidos de mi país. Hoy puedo hacerlo, creyendo satisfacer una curiosidad de todos los que se interesan por la literatura italiana.

No me propongo hacer bocetos críticos, sino breves retratos, perfiles, fotografías instantáneas, que respondan á la pregunta que solemos hacer á quien conoce personalmente á un escritor que nosotros no co-

(*) De muchos de estos autores italianos hay traducciones en español y alguna hecha por el prologuista del presente libro. *(N. del T.)*

nocemos más que por sus escritos:—¿Cómo es? No bastará para esto un trabajo; escribiré varios, consecutivos.

Naturalmente, no me ocuparé sino de los escritores que conozco personalmente, sobreentendiéndose que en su mayor parte pertenecen á mi generación. Así me veré en el caso de dejar á un lado á muchos jóvenes, y de otros no podré decir sino poca cosa.

Uno de estos, por ejemplo (y lo siento, porque es el primero entre los jóvenes), es Gabriel D'Annunzio, á quien vi de paso una sola vez hace diez años, cuando se hallaba en la flor de la juventud y era ya célebre. Su recuerdo me ha quedado vivamente impreso.

Hallábame en la elegante sala de redacción de la *Cronaca Bizantina,* en Roma, cuando vi aparecer por entre las cortinas de una puerta un rostro fresco y bellísimo, que creí sería de una señora, quedándome sorprendido cuando al abrirse los dichos reporteros se me presentó un hombre. Más maravillado me quedé al oir que aquel joven, que no tenía aún veinte años, era Gabriel D'Annunzio; porque la maestría de la forma que admiraba yo entonces en su

poesía, me había hecho imaginar que sería un joven fatigado precozmente por el estudio y las meditaciones, en cuyo rostro se advertirían las huellas de las vigilias y el hábito de la soledad.

Era, por el contrario, una flor por su frescura, belleza y elegancia, un jovencillo radiante de vida; se dejaba transparentar, en sus ojos azules, en su voz armoniosa, en sus movimientos llenos de gracia, la conciencia de un hombre privilegiado por la naturaleza, envidiado por sus semejantes y adorado por las mujeres. Era ciertamente entonces la figura más bella y gentil de la literatura italiana. «Bello como un Dios», decía una escritora paisana suya. Supe después que aquel poeta de veinte años, de tan delicada belleza señoril y femenina, estaba dotado de una fuerza física extraordinaria.

Desde entonces no he vuelto á verle, y he sabido sus aventuras desde lejos; mas admirándole siempre, he seguido el camino ascendente de su ingenio. Dicen que aun de aspecto ha variado mucho. Dentro de veinte años, sin embargo, si vivo aún, cada vez que oiga recordar su nombre, no se me presentará otra imagen que la de su

rostro seductor de señorita, asomado por entre las cortinas de una puerta, con los cabellos ensortijados sobre la frente blanca y los ojos chispeantes de amor y de gloria.

***

Después de D'Annunzio, ninguna otra figura de escritor italiano me ha hecho impresión más viva que la de Pablo MANTEGAZZA. Parecerá extraño, pero no le vi por primera vez hasta hace tres años en Florencia, en las oficinas del editor Barberá. Si no hubiera sabido de antemano que iba á encontrarlo allí, no me habría pasado por la mente, al primer aspecto, que aquel hombre era el senador Mantegazza, de cerca de setenta y cinco años, célebre ya cuando yo no era más que un niño.

Es uno de esos hombres milagrosos para quienes á los cincuenta años comienza una segunda juventud. Podría quitarse cuatro lustros sin despertar sospechas.

Alto y delgado, se conserva aún tan derecho como una columna; sus largos y espesos cabellos negros encanecen apenas, su hermoso rostro de artista, aristocrático

y varonil, abierto y sonriente, tiene aún toda la energía y la serenidad de la juventud. Cuando le vi, estaba vestido como un jovencillo, traje casi blanco, con camisa y corbata de colores vivos, con un gran sombrero de paja en la cabeza y zapatos amarillos. Parecía yo el viejo senador y él un joven diputado. Y téngase presente que desde hacía un año era esposo de una bellísima joven—que estaba á punto de regalarle una criatura,—con la cual había hecho el viaje de boda á España, de donde regresó más vigoroso y fresco que antes. Agréguese que hacía pocos meses—fenómeno rarísimo—le habían salido dos dientes nuevos.

Me sentí verdaderamente mortificado en su presencia, y me preguntaba al día siguiente, viéndole ir y venir con paso rápido por su museo antropológico, subir las escaleras con la agilidad de un gimnasta, sin cesar un instante de hablar, de gesticular y de sonreir, si estaría hecho de la misma madera que los demás hombres.

Y no sólo continúa siendo joven físicamente; con los años, su laboriosidad intelectual se ha hecho febril; publica cada ocho meses un volumen, ejerce la ense-

ñanza, escribe artículos para Revistas, da conferencias, trabaja en el museo, dirige establecimientos balnearios, cura enfermos, hace investigaciones científicas, viaja; no ha concluído un libro y tiene ya en marcha otros dos ó tres; medita ahora una obra en siete volúmenes sobre los *Siete pecados capitales;* cada día que amanece concibe un nuevo proyecto; mira el porvenir como si tuviese por delante un siglo de vida, y habla de cada nueva idea ó empresa suya con un ardor y un entusiasmo que enardece y subyuga á amigos y editores, á hombres y mujeres, como la palabra suspirada de un apóstol.

El escritor está lleno de vida y de colorido, pero conversando vale mucho más. Su conversación es una continua y rapidísima sucesión de anécdotas y chistes, de literatura y de ciencias, de filosofía y de política, de ideas atrevidas y de noticias extrañas y recuerdos curiosos de todos los países del mundo, desde la India hasta la Laponia, desde la Argentina hasta la California. Viéndole y oyéndole parece qne se contempla á un hombre que está en el mundo desde hace un siglo y que ha sido destinado á permanecer en él otros cien años.

El día que se diga: Mantegazza ha muerto, ninguno que le conozca lo creerá. Por mi parte, estoy seguro de no vivir tanto como para poder oir noticia tan absurda.

*
* *

Otra de las cabezas más artísticas de la literatura italiana es la de Juan Verga. Ha pasado ya de los cincuenta y tiene gris la cabeza. Cuando le conocí, hace ya veinte años, con los cabellos negros, el rostro moreno, el perfil aguileño, de formas esbeltas y vigorosas, era un bellísimo joven, un tipo verdadero de patricio siciliano, de expresión severa y altiva, de modales corteses pero contenidos, parco en gestos y en palabras, simpático pero poco expansivo. Sus ojos grandes, negros y profundos, tienen una seriedad y una fuerza fascinadoras, un carácter original como su arte.

He dicho «un verdadero tipo siciliano»; pero debe entenderse más física que moralmente, porque al ardor de la pasión une un dominio de sí mismo, una facultad reflexiva y casi una compostura intelectual que no son comunes entre sus impetuosos y ardientes paisanos. Su frente, su mirada, su

boca firme y un tanto desdeñosa, revelan la fuerza de su voluntad y la paciencia que aporta á su obra y cuyo estilo está cuidadosamente trabajado; cada frase, cada imagen, cada efecto, pasa siempre por el crisol de una crítica severísima. Es poco afecto á hablar de sí mismo y de su arte; y como todos los que aman el arte con amor fuerte y reflexivo, se conmueve poco por los éxitos y por los triunfos.

Le ví después de la primera representación triunfal de su *Cavalleria Rusticana*, á la cual no quiso asistir. Por más que los amigos y actores que le rodeaban se afanaban en decirle que el éxito había sido ruidoso, no se convencía, manteniéndose perfectamente sereno.

En vez de abandonarse á la alegría del triunfo, defendía su obra como si hubiera fracasado, razonando tranquilamente sobre el carácter de los campesinos sicilianos, mal conocido, en general, según él, por los italianos del continente. Hay en él naturaleza volcánica, pero subyugada. Muchas bellas damas lo saben. La gravedad de su carácter, garantía de noble discreción, debe haber contribuído no poco á sus brillantes triunfos fuera del arte, así como

su modestia seria—que no deriva de inconsciencia del propio ingenio, sino del altísimo concepto que tiene del arte—contribuye á hacer amigos respetuosos de todos sus colegas.

*
* *

Puesto que estoy en Sicilia, haré el retrato de otros dos sicilianos, Mario RAPISARDI y Luis CAPUANA, conocidísimo éste, célebre aquél. Al primero no le he visto nunca, al otro apenas le conozco. Del primero, sin embargo, cuyos retratos circulan por toda Italia, puede decirse que casi no hay un italiano culto que no tenga esculpida en su mente su originalísima fisonomía; un rostro atrevido, desdeñoso, soberbio, en el cual brillan dos ojos negros de poeta inspirado, que tiene por corona una larguísima cabellera negra de artista de teatro. Es un rostro en el cual se adivina toda la historia de sus fogosas pasiones, de sus encarnizadas batallas literarias, de sus triunfos ruidosos, de sus poemas audaces y provocativos, llenos de blasfemias y de anatemas, de entusiasmos y de cólera, de monstruosas licencias y de bellezas deslumbradoras.

Debe haber pasado ya de los sesenta, pero su espíritu es siempre juvenil; su canto es aún un canto de vanguardia, su fibra es todavía la de un luchador infatigable.

*
* *

Opuesto á él por el aspecto, es Luis CAPUANA; siciliano de rostro marmóreo, á quien es preciso ver sonreir para creer que es capaz de una sonrisa. Al mirar aquel rostro inmóvil, imperturbable como el de una estatua, diríase que es un frío hombre de ciencia, absorbido por una única idea, impenetrable á todas las pasiones, insensible á toda tentación del arte. Nadie pensaría que es, por el contrario, un espíritu vasto, inquieto, artista hasta la médula de los huesos, dotado de las más diversas aptitudes, que ha hecho pruebas con igual entusiasmo en la novela y en las fábulas, en la crítica y en la poesía, en la sátira y en el teatro, buscando en todas partes la novedad, provocando al público en todas las formas, persiguiendo á un tiempo la gloria y la impopularidad, con la mirada puesta siempre en lo alto y á lo lejos.

Sería un hombre hermoso, si su cabeza

fuerte é intelectual estuviese colocada sobre un cuerpo dos cuartas más alto. Giacosa lo definió admirablemente, aludiendo un día á la impasibilidad de su semblante: «Pareces el retrato de tí mismo.»

*
* *

Entre las figuras de novelistas, se me presenta de las primeras la querida imagen de Salvador FARINA, también isleño, que ha conservado de los suyos el acento, la tez morena y la espesa cabellera negra. Leyendo sus novelas, imagínase el lector un novelista de formas delicadas y rostro patético; y es, por el contrario, un hombrón robusto, de fisonomía varonil, con grandes ojos salientes y un par de bigotazos y perilla soldadescos. Su sonrisa, en cambio, es todo bondad, su acento dulce y sus maneras afables y sencillas. Un ligero velo de melancolía parece que se difunde por su persona desde que la muerte de su esposa le arrebató la tranquila é íntima vida de su familia, tan en armonía con la índole de su corazón y de su ingenio, y más aún, desde que sufrió una terrible en-

fermedad cerebral, que le tuvo muchos meses privado de la palabra. Pero sus nobles y fuertes facultades artísticas no sufrieron con la enfermedad daño alguno.

Algo perjudicó á la serenidad de su espíritu el exceso de trabajo á que le obligaron las necesidades de la vida, traduciendo, entre otras cosas, centenares de novelas extranjeras, dictando á dos escribientes á la vez desde la mañana á la noche durante meses seguidos; perjudicándole también, sin duda, las dificultades particulares con que debió luchar en su vida literaria por una razón que le honra; por su espíritu de independencia artística, rebelde á las transacciones y á los sacrificios del amor propio. Pero su alma no ha perdido nada de aquella afectuosa gentileza que trasciende como un perfume y se desliza como un rayo de luz celeste á través de todos sus libros.

Vive ahora solitario, dedicado en parte, según he oído, á ocupaciones no literarias. Hace años que no le veo; pero la imagen del Farina de hace veinte años—cuando le conocí,—del autor de *Tesoro di donnina* y de *Amore bendato*, está siempre presente

en mi espíritu como la de uno de los hombres más simpáticos que he conocido.

*
* *

Y hé aquí á Antonio Julio BARILI, nuevo profesor de Letras de la Universidad de Génova, ex garibaldino, viejo periodista, autor de cincuenta novelas, campeón de veinte duelos y primoroso artífice de epigramas latinos; que frisa en los sesenta, con la cabeza erguida, el paso firme y el bigote negro. Sus hombros fuertes llevarán gallardamente los setenta, y hasta el último día de su vida, creo que seguirá levantándose, en verano como en invierno, á las cuatro de la mañana, para escribir cinco cuartillas de novela, con letra cuidada y estilo elegante y correcto, como su persona.

La gordura no ha alterado la delicadeza de sus líneas, finas y varoniles á un mismo tiempo, reveladoras del ingenio, de la energía y del valor. La forma de su boca y su acento son francamente genoveses, y ha sido siempre genovés en los gustos y en sus predilecciones. No conozco comensal más agradable que él. Su sentido cómico se manifiesta aun en la conversación familiar,